



DE TODAS PARTES

LE CLAVÓ EL CUCHILLO...

Precio: 10 céntimos

Biblioteca Nacional de España

Núm. 4

DE TODAS PARTES

ESPAÑA Y PORTUGAL

Un año... . 5 plas.
Un semestre... . 2'75

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AVENTURAS, VIAJES Y NOVELAS

EXTRANJERO

Un año... . 10 plas.
Un semestre... . 5'50

Año I

Barcelona, 1.º de junio de 1907

Núm. 4

PELIGROSO ENCUENTRO

Habíamos salido de Chandernagor,—nos decía una noche el coronel Guillermo Davidson que había permanecido muchos años en la India,—mi amigo el Mayor Keller y yo, para visitar un puesto, que sabíamos ocupaba una situación algo comprometida.

Ambos íbamos á caballo y á cien ó dos cientos pasos de nosotros nos seguían una cincuenta de soldados.

La proximidad del Ganges, dió motivo á nuestra conversación durante un largo espacio, bien ocupándonos del respeto y la veneración que los naturales profesan al sagrado río, ó bien de las nocturnas visitas que á sus aguas hacen todas las fieras, que en tan gran número habitan en los espesos bosques que se extienden hacia el interior.

Embebidos en nuestra conversación, no advertimos un ligero rumor que se percibía por la espesa fronda, cuando de pronto el caballo del Mayor alzó la cabeza con un movimiento de espanto y antes que el jinete pudiera dominarle se lanzó á escape por el camino adelante.

También yo sentí que mi caballo temblaba, que pretendía huir, relinchando con fuerza.

Mas feliz que mi compañero, pude dominarle y al mismo tiempo dirigí la vista á mi alrededor buscando la causa de aquel espanto.

En diferentes ocasiones había asistido á algunas cacerías de tigres y conocía ya su manera de lanzarse sobre el cazador, pero debo confesar que al ver á corta distancia mía, replegándose en sí mismo para dar mejor el salto, un

enorme tigre de Bengala, tuve un momento de verdadero terror.

Mi amigo, sabe Dios donde podía haberle llevado la desenfrenada carrera de su caballo; mis soldados estaban á doscientos pasos de distancia y el tigre encendida la mirada y preparándose para la acometida á pocos pasos.

El instinto de conservación se sobrepuso al miedo y con la rapidez del rayo, me llevé las riendas á la boca, cogí el revólver con una mano y con la otra el machete que siempre llevaba conmigo y disparé sobre la fiera en el momento que se iba á arrojar sobre mí.

La alcanzaron las dos balas de ambos disparos, pero esto aumentó su furia y brotándole la sangre por las dos heridas, lanzando un rugido terrible saltó sobre el anca de mi caballo y sentí su abrasador aliento sobre mi rostro y una de sus garras que se aferraba en mi pierna.

Créi llegada mi última hora.

Pero resuelto á defenderme hasta morir, presa de ese vértigo producido por la desesperación, el espanto y el ansia de vivir, volví á hacer otro disparo con el revolver, clavé al mismo tiempo el machete en el cuerpo de la fiera repetidas veces hasta que perdí el conocimiento por efecto del dolor que sentía en la pierna.

Cuando volví en mí, mis soldados y el Mayor me rodeaban y uno de aquellos que muchas veces se había encontrado en lances semejantes, estaba curándome la herida que felizmente no había destrozado el hueso.

El tigre estaba muerto á corta distancia de nosotros.

TH. GORDÓN



UN CRIMEN MISTERIOSO

El anciano Roque Giménez, rico propietario de la provincia de Cuenca, que desde la desastrosa muerte de su hijo, ocurrida dos años antes, apenas si se había ocupado de sus negocios, miraba tiernamente á su nieta Angela, que hacía poco había llegado á su casa jadeante,

Su hijo Roque, padre de Angela, había ido á Cuenca á cobrar veinte mil duros que le habían tocado en la lotería. El mismo día que el joven marchó á la ciudad, subió al tren, en la misma estación, el marqués del Llano, á quien acompañaba su ayuda de cámara Martín.

Angela acompañó á su padre hasta la estación, y vió al marqués y á su criado, los cuales sabían á lo que iba Roque á Cuenca. La joven,



sudorosa y presa de la mayor consternación.

La joven, á raíz de la muerte de su padre, muerte rodeada del mayor misterio, había sido recogida por el marqués del Llano, que residía á unas dos leguas de la finca de Roque, bajo el pretexto de que, no teniendo hijos, y su esposa, triste siempre por esta causa, con la presencia de Angela, de quien era madrina, se distraería.

El anciano tuvo otra razón más poderosa para acceder á la petición del marqués.

regresó á su casa y dijo á su abuelo lo que había visto.

El marqués, era público que se encontraba bastante empeñado, pues hasta unos pinares que poseía en la provincia los había tenido que hipotecar. Jugador y mujeriego, había derrochado su fortuna, y si residía en su hacienda de Cuenca, era por necesidad y no por gusto.

Su esposa era una mártir, á quien todo el mundo compadecía.

El día que el padre de Angela debía regresar, su hija, con el afán de ver si Roque se había acordado de los encargos que le hiciera, se fué á esperarle á la estación.

Pero se retrasó un poco, y al llegar á un pinar que debía cruzar para llegar á la ciudad, vió á lo lejos á su padre que venía ya de la estación.

Por entre los árboles parecióle distinguir dos personas que la hicieron exclamar:

de su abuelo, donde había sido transportado el ensangrentado cuerpo de su padre y donde también fué trasladada ella.

Cuantas diligencias se hicieron para encontrar al matador de Roque fueron inútiles.

El móvil del crimen debió ser el robo, puesto que no se le encontró encima una cartera que llevaba siempre, y en la cual, se supone que llevaría los billetes de Banco.



—Juraría que el señor marqués es uno de aquellos dos hombres que andan por allí.

De pronto, y cuando la aproximación de su padre llamó su atención, oyó el ruido de un disparo, y después otro, y, al mismo tiempo, vió que su padre caía al suelo. Sobrecogida de espanto lanzó un grito, quiso echar á correr, pero no pudo, y cayó en tierra perdido el conocimiento.

Cuando volvió en sí, se encontró en la casa

Un mes había transcurrido desde la muerte de Roque, y Angela no podía borrar de su pensamiento la idea de que era el marqués el que ella había visto en el bosque.

Y su abuelo también participaba de lo mismo, y por esto accedió á la ida de su nieta á la casa del marqués. Tal vez allí podría descubrir algo.

Pero el marqués, á quien había inquietado lo que la hija del interfecto dijo respecto á él, una

vez que la tuvo en su casa, la sujetó á la vigilancia de su ayuda de cámara y no la dejó salir más de la posesión. Poco tiempo después empezó á enfermar el marqués. Su ayuda de cámara, apenas se separaba de su lado, y especialmente, por la noche, tenía pesadillas horribles.

Angela, apenas se separaba de su madrina; pero una noche, hubo de salir de su habitación, y al pasar cerca de la del marqués, oyó la voz de éste que gritaba: —¡Roque!... ¡Roque!

ses!... ¡Toma la cartera!... ¡La he guardado para devolvértela!... ¡No está lejos de aquí!...

Angela, llena de espanto por lo que había visto y escuchado, esperó con impaciencia la madrugada y corrió hasta una ventana que había en el comedor.

—Yo no sé lo que hice, abuelo,—contaba la nieta al anciano,—pero pude subirme hasta ella y salté al suelo, y aquí estoy sin comprender ni cómo pude llegar á este sitio.



Trémula de espanto, se aproximó á la puerta y miró por el agujero de la cerradura.

El ayuda de cámara estaba arrodillado, y con una esponja parecía lavar el suelo; y el marqués, incorporado en la cama, extendidos los brazos, como si tratase de rechazar algún objeto, murmuraba sordamente:

—¡Lava, lava esa sangre!... ¡No quiero verla! Y después, con voz más desesperada, añadió: —¡Vetel!... ¡Roque!... ¡Vetel!... ¡No me acu-

La declaración de Angela sirvió para que el juez, sin previo aviso, se presentara en la casa del marqués, y procediendo con gran habilidad, consiguió que Martín declarase la verdad. Él y su amo, habían sido los asesinos del pobre Roque. La cartera fué encontrada, pero parte de su contenido habia desaparecido ya.

El marqués, al verse perdido, se suicidó, y únicamente el ayuda de cámara, fué quien pagó por los dos.

Correr para vivir

Cerca del río de Jefferson, que es uno de los afluentes del caudalosoísimo Misuri, hallábanse acampados dos *tramperos* que, al parecer, algo debían de temer cuando, lejos de encender fuego, según acostumbran estos cazadores de castores, procuraban ocultarse cuanto podían entre una espesura de árboles á orillas de la corriente. Y, sin duda, no les faltaba razón para proceder con tanto sigilo, pues hallábanse en el territorio habitado por los terribles Sioux, ó Pies Negros, tenidos en todo tiempo por los indios más valientes de la América del Norte.



Colter y Potts, que así se llamaban los dos aventureros, esperaban con ansia la hora de ir á ver si se había cogido algo. Habían colocado sus trampas á unas seis millas del sitio donde se hallaban ocultos entonces, y poco antes de amanecer, se embarcaron y emprendieron la marcha.

De repente, Colter, dejando de remar, inclinóse sobre la canoa y prestó atento oído.

Su compañero le imitó, para escuchar también, y después de una pausa preguntó que ocurría.

—¡Silencio!—murmuró Colter.—¿No oyes? ¡Son los indios!

Apenas hubo pronunciado Colter estas palabras, cuando su compañero pudo reconocer, ya tarde, por desgracia, que no se había engañado. De ambas orillas partieron espantosos alaridos, y al mismo instante los cazadores vieron dos

numerosos grupos de Pies Negros que blandían sus flechas con aire amenazador, gesticulando y haciendo señales á los dos infelices *tramperos* para que se acercaran á la orilla.

Durante un momento permanecieron inmóviles; pero la perspectiva de morir allí á flechazos les indujo á obedecer, aunque con la certeza aterradora de que no habían de esperar piedad de sus encarnizados enemigos.

Apenas la canoa tocó en la orilla, y antes de que los *tramperos* pudiesen saltar en tierra, un corpulento salvaje abalanzóse con ademán resuelto y cogió la carabina de Potts. Esto no tenía grande importancia en aquel momento, pues de nada servían las armas en manos de

aquellos dos hombres, siendo tantos sus enemigos; pero Colter, sin explicarse por qué, indignóse de tal modo ante aquel acto, y fué tan poderoso el impulso de su cólera, que, saltando en tierra, precipitóse sobre el indio, arrancó de sus manos el arma y se la devolvió á su compañero Potts, que se encontraba aún en la canoa y que remó entonces hacia el centro de la corriente, tratando de alejarse de su compañero.

Colter, rodeado de los Pies Negros, le aconsejó que volviese á la orilla y se entregara de una vez; pero Potts, seguro de que se le inmolara apenas cayera en manos de los indios, prefirió jugar el todo por el todo. Entonces levantó lentamente su carabina, y apuntando á uno de los indios, hízole rodar por tierra sin vida; pero no tuvo tiempo de volver á cargar su arma: una lluvia de flechas silbó á su alrededor, y el *trampero* cayó herido mortalmente.



Todo el furor de los Pies Negros debía recaer ahora en Colter. Los indios comenzaron por desnudarle; consultando al mismo tiempo sobre lo que deberían hacer con su prisionero.

El cazador conocía algo la lengua de sus enemigos, y así pudo enterarse de que disputaban

sobre el género de suplicio más propio para que todos pudieran divertirse.

Al fin, el jefe, con el propósito de prolongar la diversión el mayor tiempo posible, acercándose á Colter, cogiólo por los hombros y le preguntó si era ágil en la carrera.

El prisionero comprendió que se le dejaba la alternativa de una lucha á la carrera para librarse de sus enemigos.

El jefe de los Pies Negros condujo al prisionero á la pradera, á distancia de unas cuatrocientas varas de los demás salvajes, y dejóle en libertad, diciéndole que podía correr para salvar su vida.

No esperó Colter que le repitiesen la orden, y emprendió la marcha con la ligereza de un gamo, mientras que á su espalda resonaban espantosos alaridos salvajes. Sus pies no tocan apenas la tierra, desnudo, y, temiendo á cada instante recibir un golpe mortal, extrañase de su vertiginosa rapidez, y avanza siempre, volando más bien que corriendo, seguido de cerca por sus feroces enemigos.

Érale forzoso atravesar un espacio de seis millas para ganar un brazo del Missouri.

De repente, Colter, sin atreverse á volver la cabeza, advirtió que los gritos de los salvajes no se percibían tan cerca; pero esto no quería decir nada. Sin duda, los feroces Pies Negros, seguros de su presa, se detuvieron un instante para tomar aliento y continuar después la caza con redoblado vigor.

Colter ha recorrido ya la mitad de la distancia; pero de pronto observa que á cien pasos un guerrero indio, armado de una lanza, le va á los alcances.

El *trampero*, que no teme á un enemigo solo, se reanima y cobra alguna esperanza.

Perseguido y perseguidor franquean una milla y otra sin que el Siux haya conseguido dar alcance al blanco.

La sangre del fugitivo, brotando por boca y narices, inunda su pecho desnudo.

El fugitivo tropieza de nuevo, é instintivamente extiende los brazos como hombre que está á punto de caer...

El feroz Siux no se halla ya más que á veinte pasos; acaba de levantar el brazo, y blande su lanza para arrojarla contra el fugitivo.

Deja escapar el arma mortífera y cae en tierra.

Colter no pierde un instante: rápido como el pensamiento, abalanzase contra su enemigo, empuña la lanza, cuya punta se había clavado en tierra, y atraviesa de parte á parte al feroz Siux, dejándole inmóvil.

Siente entonces Colter renacer en su pecho la esperanza, y emprende de nuevo la fuga, aunque no con tanta celeridad, porque tiene los pies lacerados; pero sus perseguidores están muy lejos, y, sin duda, tardarán aún en darle alcance.

Poco después, sin embargo, oye los gritos salvajes de sus perseguidores, que seguramente

acaban de encontrar á su compañero sin vida, y le perseguirán con mayor saña. Pero Colter no pierde ni un minuto. Muy pronto alcanza el lindero del bosque, y ocultándose en una espesura, observa á su alrededor. Por entre los troncos de los árboles ve las aguas del río, y haciendo un último esfuerzo sale de su escondite, corre á la orilla y precipitase en las ondas.

En el centro del río había una especie de isleta formada por los restos de cortezas de árboles, hojarasca y ramaje, y Colter se dirige hacia allí nadando bajo la superficie del agua hasta que encuentra el sitio más á propósito para esconderse entre dos troncos flotantes cuyas ramas sobresalen de la superficie líquida, formando como una cubierta natural.

Apenas habían transcurrido algunos minutos desde que se hallaba allí, cuando oyó de nuevo los gritos de los Pies Negros, que acababan de llegar á la orilla del río y recorriendo de arriba abajo como lebreles que olfatean su presa. Un momento después, el ruido de varios cuerpos que caían en el agua anunció que los indios se dirigían hacia su escondite.

Colter permaneció inmóvil, dispuesto á sumergirse apenas se acercasen sus enemigos. Su corazón latía apresuradamente, más no le faltó serenidad para mirar á través del ramaje de los trencos, y pudo ver como los Siux pasaban una y otra vez con ademán frenético, hundiendo las puntas de sus lanzas en varias partes, cual si sospechasen que estaba oculto allí. Al fin, dejaron de oírse los gritos, y Colter comprendió que los indios daban por terminada su exploración.

Antes de rayar la aurora, Colter se creyó completamente libre de los Pies Negros; más no por eso era menos aflictiva su situación. Como ya hemos dicho, estaba desnudo, y hallábase en un inmenso desierto donde no conocía sendero alguno.

Había ganado la otra orilla del río, pero ante él se extendía la inmensidad de las praderas sin árboles, bajo un sol abrasador durante el día y sin abrigo por la noche, sin armas para defenderse ni poder proporcionarse alimento. Es decir, la muerte horrible, lenta y desgraciadamente segura.

Sin embargo, no vaciló. Emprendió la marcha á la ventura, tropezando y cayendo á cada momento; sufriendo horribles congojas, hasta que, finalmente un día, rendido, hambriento, aniquilado, dejóse caer en tierra fijando en el cielo una suprema mirada de agonía y desesperación.

.....
Cuando abrió los ojos, se encontró en una de las estaciones comerciales de la compañía del Missouri, algunos de cuyos individuos le habían recogido próximo á espirar.

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por ROBERTO LUIS STEVENSON

(CONTINUACIÓN)

El muchacho contestó que esto era verdad, pero que, en cambio, le causaba mucho placer desembarcar en tierra con algún dinero y gastarlo alegremente.

—Otros tienen peor suerte,—añadió,—como son los de las *veinte libras*, con los cuales no me divierto poco; y además los *pequeños*, de los cuales me cuido yo, y os aseguro que sé conservar entre ellos el orden, para lo que me sirvo de una buena cuerda.

De lo que el muchacho siguió diciendo, deduje claramente que los *de veinte libras* eran esos infelices criminales que se enviaban para servir como esclavos á la América del Norte, y que al hablar de los *pequeños* referíase á las desgraciadas é inocentes criaturas robadas por algún interés particular ó por venganza.

No tardamos en llegar á la cima de la colina desde donde se veía la ensenada de la Reina y el sitio llamado el Estrecho del Forth, brazo de mar que se estrecha en aquel punto formando como un gran río, y que, prolongándose por el norte, presenta un puerto bastante capaz para toda clase de buques.

En el centro de dicho brazo elévase una isleta con algunas ruinas. En la parte del sur se ha construido un muelle, en cuya extremidad, al otro lado del camino y contigua á un pequeño jardín, se ve una casa conocida con el nombre de *Posada de Hawes*.

La ciudad de Queensferry (*Ensenada de la Reina*), se halla más lejos al oeste, y por eso las inmediaciones de aquel edificio parecían bastante solitarias, aun en aquella hora del día, tanto más cuanto que acababa de salir un barco con pasajeros. Sin embargo, en el muelle vimos un bote con algunos tripulantes que dormían. Ransome me dijo que estaban esperando al capitán, y me mostró el bergantín mismo anclado á una media milla de distancia. El viento hizo llegar hasta mí el rumor del canto de los marineros, ocupados entonces en alguna maniobra. Recordando todo lo que el muchacho me había dicho en el camino, no pude menos de mirar aquel buque con horror, y en el fondo de mi corazón compadecí á los infelices condenados á ser sus tripulantes.

Después de franquear la colina bajamos al

camino, y entonces juzgué oportuno dirigir la palabra á Ebenezer.

—Debo advertiros,—le dije,—que yo no he de seguirlos á bordo de ese barco.

—¿Qué es eso?—preguntó mi tío, como si despertase de un sueño.

Repetí mis palabras.

—Está bien,—contestó;—supongo que será preciso complacerte. Pero ¿qué hacemos aquí? Yo no puedo resistir el frío, y si no me engaño, están preparando el bergantín para hacerse á la mar.

VI

LO QUE SUCEDIÓ EN LA ENSENADA DE LA REINA

Apenas entramos en la posada, Ransome nos hizo subir las escaleras y condújonos á un pequeño aposento que contenía una cama y cuya temperatura era algo semejante á la de un horno, á causa del gran fuego encendido en la chimenea. Ante una mesa, colocada enfrente, vi á un hombre alto, de tez curtida, que estaba escribiendo en aquel instante; y á pesar del calor, tenía puesto un chaquetón muy grueso de marino, abotonado hasta el cuello, y un gorro que le tapaba hasta las orejas. El aspecto de aquel individuo era de un juez muy estudioso y poseído de sí mismo.

Púsose en pie al vernos entrar, y adelantando un paso, ofreció su ancha mano á Ebenezer.

—Me alegra mucho veros, Sr. Balfour,—dijo con voz profunda,—y felicítome de que hayáis llegado á tiempo. Sopla una brisa favorable, y ya esta noche estaremos navegando.

—Capitán Hoseason,—replicó mi tío,—en esta habitación hace demasiado calor.

—Es una costumbre mía, Sr. Balfour,—replicó el capitán. Soy muy friolero por naturaleza, y para mí no hay piel, ni franela, ni fuego que caliente bastante lo que llaman la temperatura. Lo mismo sucede con la mayoría de los hombres que se han carbonizado, como ellos dicen, en los soles del trópico.

—Perfectamente, capitán: todos debemos buscar lo que nos conviene.

Ahora bien: es el caso que aquel capricho del marino influyó mucho en mis desgracias, pues aunque me había prometido no perder de vista á mi tío, era tal mi impaciencia por ver el mar y me sofocaba tanto la temperatura de aquella habitación, que cuando Ebenezer mi invitó á bajar un poco para tomar el aire, cometí la torpeza de acceder al punto.

En su consecuencia salí presuroso, dejando á los dos hombres sentados ante una botella y un legajo de papeles. Cruzé el camino por de-

lante de la posada y me dirigí hacia el muelle. El olor del mar era sumamente salino, y mientras lo aspiraba con delicia, observé que el *Covenant* aparejaba. Esto me hizo reflexionar sobre los largos viajes marítimos, y casi envié la suerte de los tripulantes que podían ver tantos países.

Mi vista se fijó de pronto en los tripulantes del bote, todos ellos hombres robustos, de tez curtida, en mangas de camisa unos, con sus chaquetones otros, un pañuelo atado al cuello, y armados de pistolas y puñales. Travé conversación con el que me pareció menos rudo, y habiéndole preguntado por los marineros del bergantín, díjome que pronto estarían mar adentro, manifestándome su satisfacción por alejarse de un puerto donde no había tabernas.

Aquel hombre blasfemaba tanto á cada momento, que muy pronto me separé de él y fui en busca de Ransome, pues me parecía el menos malo de todos. Vile salir en aquel momento de la posada, y al divisarme corrió hacia mí, pidiéndome que le convidase á tomar ponche. Le contesté que no hacía tal cosa, porque ni él ni yo estábamos en edad de permitirnos semejante lujo, pero que si quería tomar un vaso de cerveza le convidaría con gusto. Mi repuesta pareció enojarle y murmuró algunas palabras de desagrado; pero aceptó la cerveza, y sentándonos á una mesa frente á la posada, comimos y bebimos con buen apetito.

De pronto me ocurrió que me convendría hacerme amigo del posadero, puesto que era hijo del país, y por lo tanto, invítale á tomar algo con nosotros, según se acostumbraba en aquellos días; pero era demasiado hombre para hacer aprecio de tan pobres parroquianos como Ransome y yo; y ya se alejaba de nosotros cuando le llamé para preguntarle si conocía al Sr. Rankeiller.

—Sí, por cierto,—dijo,—y á fe que es un hombre muy honrado. Pero, ahora que recuerdo, ¿no sois vos quien ha venido con Ebenezer?

—Sí.

—Supongo que no sois pariente suyo.

Contesté negativamente.

—Así lo creía yo,—repuso,—y sin embargo, tenéis cierto parecido con el Sr. Alejandro.

—Paréceme,—dije,—que Ebenezer está mal visto en el país.

—Sin duda alguna,—contestó el posadero.—Es un viejo muy malo, y muchos hay que quisieran verle bailar en la extremidad de una cuerda, como por ejemplo Juana Clouston y otros á quienes ha dejado sin casa ni hogar. Esto no impide que Ebenezer haya sido en su tiempo un guapo mozo; pero fué antes de visitar al Sr. Alejandro, siendo causa de su muerte.

—¿Qué decís?

—Que él le mató. ¿No habéis nunca oído decir esto?

—Y ¿por qué le mataría?—pregunté.

—Por quedarse con la propiedad.

—¿Qué propiedad? ¿La de Shaws?

—No: otra que yo sé.

—¿Es posible? ¿Era mi... era Alejandro el hijo mayor?

—Claro está. A no ser así, ¿por qué le habría matado?

El posadero puso fin al diálogo, impaciente ya sin duda, y se alejó de nosotros.

Hacía mucho tiempo que yo sospechaba algo de esto; pero una cosa es sospechar y otra es estar seguro, y por lo pronto quedé aturdido al reflexionar que el pobre muchacho que había llegado de Essendean dos días antes cubierto de polvo, era ahora rico y podría tener una casa suya y extensas tierras si sabía manejarse.

En todas estas agradables cosas y en otras muchas pensaba yo, mirando por la ventana de la posada y sin fijarme en lo que veía: sólo recuerdo que de pronto vi al capitán Hossason entre sus marineros, á quienes hablaba con acento de autoridad. Pocos momentos después observé que se dirigía de nuevo á la posada, no con la llaneza de un marino, sino con grave continente y con la misma expresión en el semblante. Entonces dudé que los cuentos de Ransome fueran verdad, pues el aspecto de aquel hombre no parecía convenir con lo que de él había dicho el grumete. Sin embargo, tal vez hubiera en él dos individualidades: una para el mar, aunque no tan mala como dijo Ransome, y otra para cuando estaba en tierra.

De pronto oí la voz de mi tío que me llamaba, y vile en el camino con el capitán, quien me dirigió la palabra cortesmente de un modo muy lisonjero para mí.

—Joven,—dijo,—el Sr. Balfour me hace grandes elogios de vos, y por mi parte agrádame vuestra presencia. Quisiera estar más tiempo aquí para que fuéramos mejores amigos; pero no pudiendo ser esto, os invitaré á pasar á bordo media hora para beber un vaso de ponche conmigo.

Yo ansiaba ver el interior de un buque, pero repugnábame aceptar la invitación, y dije á mi tío que tenía cita con un abogado.

—Ya lo sé,—contestó mi tío;—pero advierte que el bote mismo en que vamos te volverá á tierra, dejándote en la punta del muelle, muy cerca de casa de Rankeiller.

Y acercando la boca á mi oído añadió:

—Mucho cuidado con ese viejo zorro, porque no intenta nada bueno. Más vale que vengas á bordo hasta que podamos hablar á solas.

Y cogiéndome del brazo, añadió en voz alta:
—Vamos: dime qué quieres que te traiga de las Carolinas (1), pues todos mis amigos pueden pedirme alguna cosa. ¿Te agradaría un paquete de tabaco? ¿Prefieres alguna hermosa piel ó una buena pipa? Ahora estás á tiempo de elegir lo que quieras.

Entretanto estábamos ya junto al bote, y mi tío me ayudó á saltar. Yo no pensé siquiera en retroceder, y lejos de ello, pensaba (¡que tonto era!), que había encontrado un buen amigo y protector, y halagábame ver el buque.

Apenas hubimos ocupado todos nuestro sitio, el bote se alejó rápidamente de la orilla, avanzando mar adentro. Confieso que en aquel instante experimenté mucho placer y sorpresa al contemplar desde lejos el muelle y las formas del bergantín, que me parecía cada vez más grande. Ni siquiera me fijé en lo que el capitán decía.

Cuando estuvimos junto al costado del buque, donde se oían los gritos de los marineros, Hoseason, diciendo que él y yo debíamos pasar á bordo antes que los demás, dió orden de echar una escala al bote, y un momento después encontréme sobre cubierta, donde el capitán me esperaba ya, y me cogió al punto del brazo.

En aquel momento estaba un poco aturdido, y tal vez algo atemorizado, pero distraíame mucho cuanto veía á mi alrededor.

—Pero ¿dónde está mi tío?—exclamé de pronto.

—¡Ah!—repuso el capitán haciendo una mueca.—Esta es la cuestión.

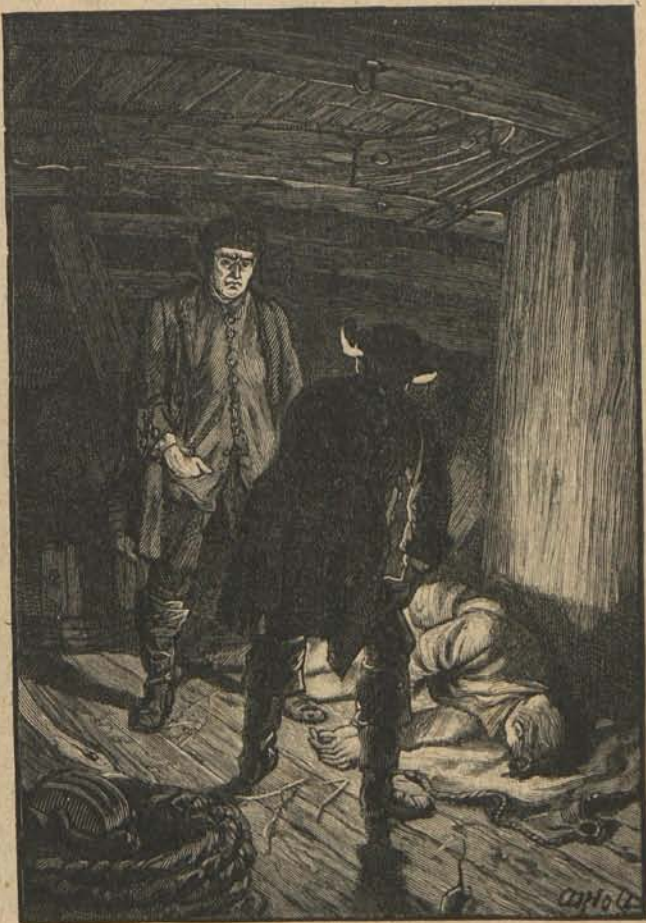
Al punto comprendí que estaba perdido, y apartando al capitán con toda mi fuerza, corrí al costado del buque, donde vi que el bote regresaba en dirección al muelle, con mi tío sentado en la proa.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Al asesino!—exclamé lanzando un grito penetrante, que debió oírse á larga distancia.

Mi tío volvió la cabeza y pude ver distintamente su rostro, cuya expresión revelaba á la vez la crueldad y el terror.

Ya no ví más: unas manos de hierro me arrancaron del costado del buque, sentí un fuerte golpe en la cabeza y perdí el conocimiento.

Cuando recobré el sentido rodeábame la oscuridad. Experimentaba un fuerte dolor en la cabeza, habíanme atado de pies y manos, y oía inusitados rumores. Parecíame que las aguas mugían á mi alrededor, y percibía claramente



—¿Qué estáis diciendo?—gritó el capitán.

el crujido de los mástiles y los gritos de los marineros. Tan pronto creía elevarme á grande altura como bajar á las profundidades de un abismo; y tan dolorido estaba mi cuerpo y tan confuso mi espíritu, que transcurrió largo rato antes de que pudiera comprender que estaba atado en las entrañas de aquel espantoso buque. Entonces mi desesperación fué horrible: sentí un profundo remordimiento por mi locura y torpeza, y á la vez despertóse en mí un sentimiento de cólera y de odio contra mi tío.

Cuando volví en mí del todo, reconocí bien los movimientos del buque, cuyas fuertes sacu-

(1) Las Carolinas de la América del Norte.—(N. del T.)

didas me aturdí, sin contar que el dolor en la cabeza era cada vez más agudo. En aquel tiempo de mi juventud aventurera sufrí muchos trabajos, mas no recuerdo haber padecido nunca tanto como en las primeras horas que pasé en el bergantín.

De pronto oí un cañonazo, y supuse que había estallado la tempestad y que se daba la señal de socorro. La idea de verme libre, aunque fuera por la muerte, fué agradable para mí en aquel momento; pero me engañaba, según supe después. Era costumbre á bordo (y cito este pormenor para que se vea que hasta los peores hombres pueden tener delicadezas), disparar un cañonazo cuando el bergantín pasaba á pocas millas de Dysart, donde vivía la señora Hoseason, madre del capitán, como una manifestación de respeto y deferencia.

No me era posible medir el tiempo, pues el día y la noche eran para mí iguales en la especie de hedionda caverna en donde me hallaba; pero en mi triste situación parecíanme las horas días, y no podría calcular cuánto tiempo esperé el momento de que el buque se estrellara contra una roca ó se hundiera en las profundidades del mar; pero al fin el sueño me venció.

No sé cuánto tiempo después despertóme la luz de una linterna que brillaba junto á mi rostro. Un hombre pequeño, como de treinta años, de ojos verdes y abundante cabello, me miraba fijamente.

—¿Cómo va, eso? — me preguntó.

Contesté con un sollozo, y entonces el visitante tomóme el pulso y me tocó las sienes, después de lo cual me vendó la herida que tenía en la cabeza.

—No ha sido mal golpe, — murmuró; — pero vamos, ánimo, que aun no se ha concluido el mundo. Habéis dado un mal paso, joven; pero otra vez lo daréis mejor. ¿No os han traído carne?

Contestéle negativamente, y al oírlo dióme un poco de aguardiente y agua, y se marchó.

La siguiente vez que vino hallábame medio aletargado, pero con los ojos abiertos en la oscuridad. No sentía náuseas como antes, pero sí una especie de fatiga angustiosa, mucho peor aún. Tenía todos los miembros doloridos y las cuerdas que me ligaban parecíanme de fuego. Habíame acostumbrado al mal olor que allí se percibía; pero, en cambio, durante el largo intervalo transcurrido desde la primera visita del hombre, sufrí otros tormentos, pues las ratas corrían á mi alrededor, pasando á veces sobre mi rostro, y una ardiente fiebre me hacía ver horribles imágenes.

El brillo de una linterna, que apareció al abrirse una escotilla, parecióme una luz del cie-

lo, y aunque me permitía ver las oscuras vigas del barco que me servían de prisión, experimenté una indecible alegría. El hombre de los ojos verdes fué el primero que bajó por la escalera, y observé que el capitán le seguía. Ninguno de los dos hablaba una palabra; más el primero, después de examinarme y de curar la herida como la primera vez, dijo á Hoseason, que fijaba en mí una mirada siniestra:

—Ya lo estáis viendo: la fiebre va en aumento, falta el apetito, no se le da carne y aquí no hay luz. Ya comprenderéis lo que quiero decir.

—Yo no soy adivino, Sr. Riach, — contestó el capitán.

—Me habéis de permitir, — repuso el otro, — y esto sin buscar excusas de ninguna especie, que se saque de este pañol á este joven para trasladarle al castillo de proa.

—En lo que se refiera á vos particularmente podéis obrar como os plazca, — replicó el capitán; — pero en todo lo demás ya sé lo que se ha de hacer: ese muchacho esta aquí, y aquí permanecerá.

—Admitiendo que se os haya pagado bien, — dijo Riach, — tendréis presente que á mí no se me ha dado nada. Yo recibo mi sueldo como oficial segundo de este viejo cascarón de nuez, y bien procuráis que lo gane; pero á mí no se me paga para otra cosa.

—Si pudierais absteneros del trago, señor Riach, no tendría ninguna queja de vos, — repuso el capitán, — y entonces podríamos entendernos mejor. Ahora basta de frases, — añadió Hoseason poniendo el pie en la escalera.

Riach le cogió por una manga y díjole secamente:

—Admitiendo que se os haya pagado para cometer un asesinato...

—¿Qué estáis diciendo? — gritó el capitán, fijando en su interlocutor una mirada de cólera.

—Parece que es el lenguaje que mejor comprendéis, — replicó Riach, mirando á su vez fijamente á Hoseason.

—Señor Riach, — dijo el capitán, — hemos hecho ya tres viajes, y durante este tiempo podíais haberme conocido. Soy un hombre rígido y duro, lo confieso; pero esas palabras que acabáis de pronunciar sólo son propias de un hombre de mal corazón y de negra conciencia. Si decís que el muchacho morirá...

—Sí que lo digo.

—Pues entonces basta, — dijo el capitán. — Metedle donde queráis.

Hoseason franqueó la escalera, y yo, que había escuchado silencioso aquel extraño diálogo, vi á Riach hacer una profunda cortesía con expresión irónica.

(Se continuará).

LA TRAGEDIA DEL REY

Jacobo I, rey de Escocia, acompañado de su séquito, se dirigía al monasterio de los Dominicos, ó hermanos negros, de Perth, donde la corte debía reunirse en la Navidad de 1436.

El rey Jacobo tenía numerosos enemigos.

El personaje que más figuró en la última conspiración tramada contra la vida del rey fué un tal Roberto Græme, hermano del conde de Stratheme, cuyo dominio había sido confiscado por

rocas una figura, semejante á un fantasma, y agitó los brazos.

—¿Quién anda ahí?—gritó uno de los caballeros.

Era una mujer anciana, al parecer, pues no se podía verla bien en la oscuridad. Permanecía inmóvil en medio del paso, y con ademán imperioso parecía ordenar á los jinetes que no pasaran adelante. La brisa hacía flotar su escaso ropaje, y después de una pausa, la extraña mujer gritó:

—¡Atrás! Quiero hablar con el rey.



Jacobo, más bien con el deseo de aniquilar la influencia de aquel hombre maligno, que no por un principio de justicia.

Cuando Jacobo estaba acampado con su ejército delante del castillo de Roxburgh, la reina se presentó de improviso y dió cuenta á su esposo de la conspiración tramada contra su vida, por lo cual Jacobo levantó el sitio, y presentándose ante el Parlamento denunció á sir Roberto Græme, acusándole de traición. Sin embargo, el conspirador logró escapar de su prisión y refugiarse en las Tierras Altas para madurar su plan.

El rey y su séquito avanzaban presurosos, como ya hemos dicho, en dirección á la barca, cuando de improviso se destacó de entre las

Jacobo, que se había aproximado, pensó que tal vez tuviera conocimiento de alguna nueva traición, é inclinóse para hacer varias preguntas á su interlocutora; pero la mujer, sin contestar á ellas, extendió un brazo para señalar las olas que iban á morir en la playa, y exclamó con voz penetrante:

—¡Rey! ¡Si cruzas esas aguas, jamás volverás con vida!

Jacobo, mirando fijamente á la mujer, cuyos ojos tenían cierta expresión extraña, recordó entonces de pronto que se daba mucho crédito á un pronóstico, según el cual aquel mismo año debía morir asesinado un rey de Escocia.

—¿Sabes algo?—preguntó.

Por toda contestación, la mujer cogió la brida del caballo é hizo dar la vuelta; pero como en el mismo instante llegara la reina con su séquito, Jacobo desechó sus temores.

Y separando del caballo la mano que había querido detenerle, dió orden de seguir adelante. Los jinetes picaron espuela, y la mujer quedó sola. Únicamente la reina volvió la cabeza algunas veces, y siempre vió que la sibila permanecía inmóvil en el mismo sitio.

En una de las salas del monasterio de los Dominicos habíase celebrado un banquete que tocaba á su término.

Entre los convidados contábanse enemigos mortales del monarca, como el conde de Athole y su hijo, sir Roberto Estuardo, mayordomo del rey, que esperaba ceñir la corona de Escocia si Græme cumplía su promesa.

Aun en aquel momento, uno de los conspiradores, el caballero Chamber, sentía remordimientos y trataba de hacer señas al rey para que estuviese alerta contra el golpe que se había preparado.

El rey era muy aficionado á cantar, y en aquel momento había entonado una de las melancólicas baladas escritas por él mismo, cuando de pronto resonó un fuerte golpe en la puerta exterior.

Jacobo interrumpió su canto para preguntar quién llamaba así á una hora tan intempestiva de la noche.

—Es la sibila,—contestó el ujier, que había ido á informarse,—aquella vieja que detuvo á V. M. en el camino. Dice que desea hablar con el rey dos palabras.

—Mañana,—contestó Jacobo, enojado por la interrupción.

El ujier fué á llevar la respuesta y volvió un momento después.

—Señor,—dijo,—esa mujer parece resuelta á no irse sin ver á V. M., y asegura ser de tal importancia lo que ha de decirle, que no admite dilación.

—¡Cómo! ¿A media noche? ¡Despídela! ¡Que vuelva mañana!

El ujier volvió á dar esta contestación.

—¿Se ha marchado ya?—preguntó el rey al cabo de un momento viendo al ujier.

—Sí, señor,—contestó con expresión grave;—pero ha sido necesario expulsarla por fuerza, y al marcharse exclamó: «—¡Maldición! ¡Mañana no le veré ya!»

La reina tembló al oír estas palabras; y como el monarca viera el espanto pintado en sus ojos, experimentó también cierta inquietud é hizo señal de que la fiesta había terminado.

Mientras el rey y su corte se entretenían así,

Græme y sus secuaces habíanse entregado á una ocupación muy diferente. Con el mayor sigilo, inutilizaron las cerraduras de todas las puertas de la sala del rey, de modo que no se pudiera echar la llave: escondieron las barras que servían para asegurar los postigos de la entrada principal, y aplicáronse escalas á la cerca del monasterio por si fuese necesario escalarle. Hecho esto, Græme, á la cabeza de trescientos montañeses, partidarios suyos, avanzaba, conducido por Roberto Estuardo, hacia el sitio donde estaban sus víctimas.

En la gran chimenea de la sala en que se había celebrado el banquete ardía un buen fuego, y el rey y la reina, sentados uno enfrente de otro, contemplábanle silenciosamente, mientras que las camaristas preparaban el lecho en la alcoba contigua.

De repente, una de las damas de honor que iba á correr la cortina de una ventana, retrocedió profiriendo un grito.

En el patio veíanse muchos hombres con teas encendidas, cuya luz proyectaba siniestros reflejos en los vidrios y percibióse como un crujido de armas.

El rey y la reina se miraron silenciosos, comprendiendo, al fin, la terrible realidad, persuadidos de que Roberto Græme iba á llegar para cumplir su venganza.

El rey miró á su alrededor. Allí no se veía arma alguna. Las manos de la traición habían tenido buen cuidado de no dejar allí ningún medio para la defensa.

—Corred los cerrojos,—gritó el rey á las camaristas.

Dos ó tres se lanzaron hacia las puertas; pero aquéllos habían desaparecido, así como también las barras.

El rey se asomó á la ventana; pero hallábase ésta á tanta altura que no se podía pensar en huir por allí, prescindiendo de que los hierros lo impidían; y mientras Jacobo practicaba este examen, oyó pesados pasos por el pasadizo que conducía á su cámara.

El rey se había aligerado de ropa para ir á descansar, y ya no le quedaba más remedio que permanecer allí hasta que llegase la hora de la muerte. Con los brazos cruzados, esperó inmóvil en medio de la cámara, oyendo siempre los pasos que se acercaban, así como también las voces de sus enemigos y de sus falsos cortesanos, entre las cuales reconoció la de Roberto Græme.

Entonces, Catalina Douglas, una de las camaristas, recordó que bajo el suelo de la cámara estaban las bóvedas del monasterio. Era una probabilidad de salvarse, aunque muy ligera; pero la dama corrió á la chimenea, apoderóse de las sólidas tenazas y púsolas en manos del rey

—¡La tabla!—murmuró.—¡La tabla! Procurad levantarla.

El rey cogió las tenazas, y con la fuerza que le comunicó un resto de esperanza, introdujo una de sus puntas en la juntura de dos tablas para levantar una de ellas. La reina le miraba con ansiedad, escuchando al mismo tiempo, anhelante, el ruido de pasos que se acercaban.

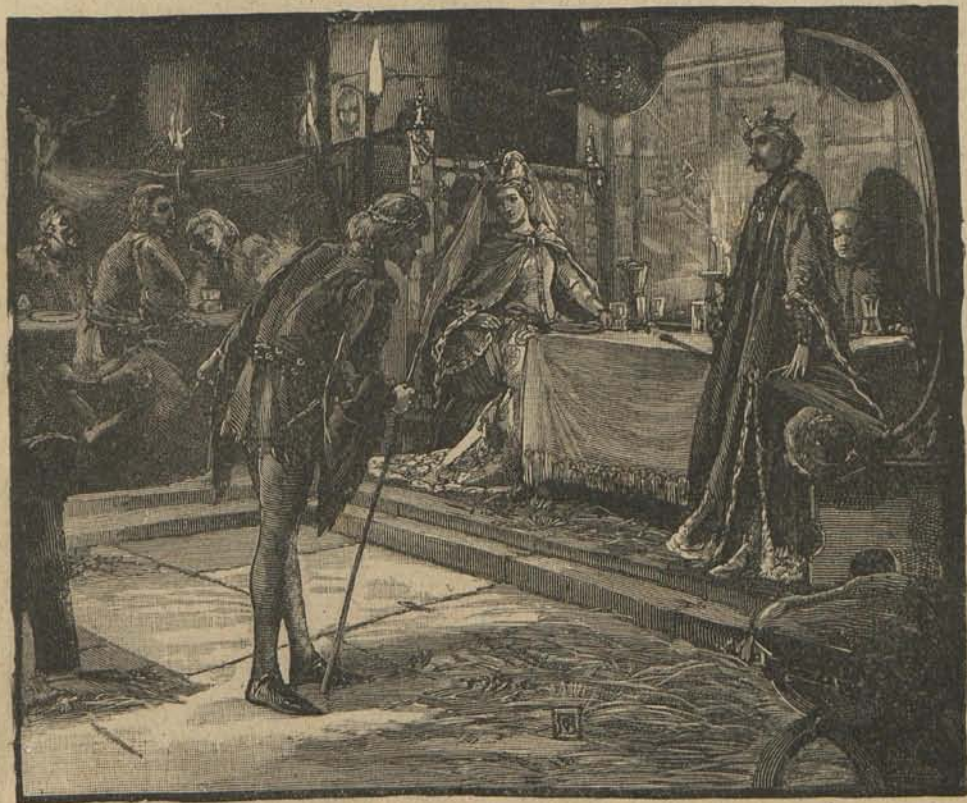
Haciendo un poderoso esfuerzo, Jacobo desencajó, al fin, la tabla, mientras que la reina elevaba una oración al cielo. Un minuto más y sería demasiado tarde: los conspiradores llegarían de un momento á otro.

en su sitio y tratábase sólo de ganar un momento. Sin embargo, alguno de aquellos feroces asesinos hizo desaparecer el obstáculo, descargando una cuchillada en el delicado brazo de Catalina Douglas, que cayó al suelo desvanecida, lanzando un grito de dolor.

Mas la tabla se había aplanado ya, habíanla cubierto con una esterilla y no se notaba nada.

La reina y sus compañeras permanecían en pie cerca del sitio.

Varios hombres armados, al frente de los cuales iba Roberto Græme, penetraron, al fin, en la estancia con los aceros desnudos y mirando á



Entonces, besando con cariño la frente de su esposa, Jacobo se deslizó por la abertura, dejándose caer en la cripta, en tanto que las camaristas trataban de aplanar la tabla en su sitio, á fin de que no se reconocieran las señales de aquel paso.

—¡Guardad la puerta, aunque solo sea un momento!—gritó la reina á Catalina Douglas.

Cinco ó seis de aquellas valerosas damas cogieron la mesa y trataron de arrastrarla para colocarla delante de la puerta; pero el mueble era de roble muy sólido y pesado y no lo consiguieron del todo.

Entonces Catalina entornó cuanto pudo las hojas de la puerta y sujetólas con sus blancas y delicadas manos. La tabla estaba ya de nuevo

todas partes. Dos ó tres de las damas de la reina, que hicieron ademán de cerrarles el paso, fueron arrojadas brutalmente en tierra.

Pero no se veía al rey por ninguna parte.

En medio de la cámara hallábase la reina medio vestida, con el cabello en desorden y cubiertas las espaldas con un manto.

Uno de los conspiradores acercóse á ella y cogióla de un brazo.

—¡Decidnos dónde está el rey!—gritó.

Pero la reina no contestó una palabra, aunque la punta de un puñal había hecho ya saltar la sangre de su seno.

—¡Dejad á la reina!—exclamó Græme acercándose.—Es una mujer, y nosotros no buscamos más que á Jacobo.



Las pesquisas continuaron durante largo rato, hasta que los traidores comprendieron que el rey había escapado á tiempo, y todos salieron de la cámara.

Por el pronto, nada se podía hacer; el rey estaba oculto y confiábase que escapara, pues se recordó que había en la bóveda una salida al

campo. Pero todo estaba contra Jacobo aquella noche. Tres días antes se había mandado cerrar aquel paso para evitar que se albergasen en la bóveda gentes sospechosas ó de mal vivir.

En su consecuencia, fuéle preciso permanecer en su escondite, oyendo los pasos de sus enemigos y sus imprecaciones. Al fin, reinó el silen-

cio, y al parecerle que salían, acercóse al sitio por donde había escapado y gritó á las damas que le ayudaran á subir.

Pero en aquel momento volvió á reinar la confusión, oyéndose de nuevo el ruido de pasos en el corredor que conducía á la cámara. Varios hombres habían creído percibir un extraño rumor en la bóveda, y volvían con el traidor Roberto Estuardo, que no sospechaba por dónde habría escapado el rey.

Las damas retrocedieron al verle entrar.

—Debajo de esta cámara está la cripta, —dijo Roberto. —¿Habéis buscado aquí?

Todos se agruparon alrededor de la abertura y ensancharon esta última más para ver mejor á su víctima.

Por espacio de algunos minutos el rey permaneció inmóvil, mirando á unos y á otros, pero dispuesto á recibir al primero que saltase y se pusiese al alcance de sus manos.

Sir John Hall dió el ejemplo gritando á sus compañeros que le siguieran, desenvainó su daga y precipitóse en el agujero, procurando no caer cerca de Jacobo.

Pero el rey, más rápido en sus movimientos y cayendo sobre él de un salto, cogióle de los



—No, —contestaron todos.

Entonces, Roberto cogió la antorcha de uno de los soldados para examinar el pavimento. La tabla había sido encajada de nuevo, pero no tan bien que no se reconocieran la señales. Roberto examinaba detenidamente el sitio, y no quedándole ya la menor duda, acercóse á Græme y le mostró los clavos sueltos y las señales que las tenazas habían dejado en la madera.

Desencajada la tabla, en un instante quedó descubierto el escondite.

Todo estaba oscuro en el fondo; pero Græme cogió la tea de Roberto é introdujola en el agujero.

—¡Ahí está lo que hemos buscado toda la noche! —dijo á Roberto.

hombros y derribóle en tierra con tal fuerza que sus huesos crugieron. Después apoyó un pie sobre el pecho de su adversario y esperó á que saltase otro.

El siguiente fué sir Thomas Hall, hermano del primero; mas al bajar, el rey le cogió del cuello antes que sus pies tocaran en la tierra, y derribóle junto á sir John. Entonces volvióse contra ellos y trató de arrancarles sus dagas; pero como sus enemigos se defendían aún, se cortó los dedos sin conseguir su propósito, aunque apoyaba una rodilla en el pecho de cada uno de los conspiradores.

Mas no tuvo tiempo de hacer más, ni tampoco para armarse para su defensa, pues otro de los conspiradores se dejó caer en el mismo instante.

Era Roberto Græme, el más mortal enemigo del rey.

—¡Ha llegado mi última hora!—murmuró Jacobo, mirando fija y tranquilamente á su enemigo —Pero, á lo menos, dejadme un momento para encomendar mi alma á Dios.

—¡Sí: ha llegado tu última hora!—exclamó Græme.—Y yo he sido fiel á mi palabra.—Morirás á mis manos, y habré consumado mi venganza.

Así diciendo, retrocedió un paso, y saltando después hacia delante hundió su acero en el pecho del rey, y éste cayó en tierra, mientras que los hermanos John, poniéndose en pie, ca-

Llegaban demasiado tarde para salvar á su soberano, pero aun á tiempo para vengarle. Los asesinos, lanzándose fuera de la cripta, salieron del monasterio y dirigiéronse á las Tierras Altas.

Pero la venganza de la reina les perseguía, y sus tropas emprendieron la más activa persecución y exploraron con tal afán las montañas, que al cabo de un mes la mayor parte de los conspiradores fueron cogidos

La reina era mujer noble y generosa como pocas; pero amaba á Jacobo con toda la pasión que se merecía. En su alma no cabía ya la compasión y los tormentos que se aplicaron á los



yeron á su vez sobre Jacobo y ensañáronse en su víctima.

La vista de aquel cuerpo sangriento impresionó de tal modo á Græme, que de buena gana hubiera huido de allí; pero sus secuaces le vigilaban por la abertura, y gritáronle que si no remataba al rey le costaría la vida. Había prometido la matanza á sus partidarios, y éstos se hallaba sedientos de sangre.

Temeroso de que sus secuaces cumpliesen la amenaza, Græme cayó de nuevo sobre su víctima con los hermanos Hall y le cosieron á puñaladas. Solamente en el pecho del rey reconocieron diez y seis heridas.

Sin embargo, mientras así se ocupaban en su obra de exterminio, la campana del monasterio comenzó á repicar apresuradamente, y un momento después agrupábanse en la puerta del edificio muchos hombres á cuyo frente se hallaban los más fieles servidores del rey.

traidores, cuando se les hubo condenado, fueron verdaderamente crueles en aquella época de crueldades.

A Roberto Estuardo le arrancaron la carne del cuerpo con tenazas, y aun en medio de su espantosa agonía, confesó que el castigo era merecido.

En cuanto á Græme, su tormento fué demasiado horrible para expresarlo con palabras, y antes de morir se le obligó á presenciar la ejecución de su hijo.

La reina había mandado lavar y embalsamar el cuerpo de su querido esposo, y sobre aquellos despojos mortales juró que no se le daría sepultura hasta que el último de los conspiradores hubiese pagado con la vida su nefando crimen.

La hermosa Catalina Douglas lloró tanto como la reina la muerte de Jacobo, y lamentábase siempre de no haber podido salvarle la vida á costa de su sangre y sus esfuerzos.

Uno de esos Tenorios vulgares, para los cuales no hay mujer á quien no se atrevan, pretendía obstinadamente el amor de una casada, joven y hermosa.

No sabiendo ya esta de que modo hacerle com-

recién llegado de un pueblo del interior.—Toma ese billete de cincuenta pesetas y tráeme una butaca de cuarta ó quinta fila, para la función de esta noche, en el teatro de la Comedia.

—Está bien, señorito. La traeré.



OASIS DE BISKRA (ARGELIA)

prender la inutilidad de sus esfuerzos, le dijo un día:

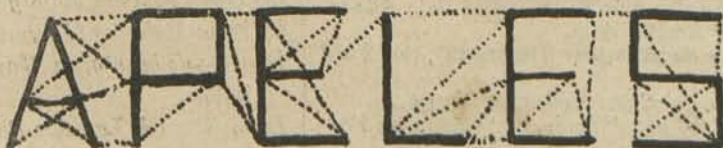
—Caballero, mientras fui niña obedecí á mi madre; más tarde, joven ya, seguía en todo las órdenes de mi padre; hoy casada obedezco á mi esposo. Por lo tanto, diríjase usted á él, y si me manda que acceda á lo que usted pretende, le obedeceré.

—Oye, Perico,—dijo Carreras á su criado,

Al cabo de dos horas, volvió el criado, trayendo un sillón de rejilla.

—¿Qué traes ahí? —le preguntó su amo.

—No he podido encontrar una butaca como usted quería, y le traigo este sillón de rejilla que le gustará mucho.



Solución al rompecabezas.—El pintor más célebre.

Toda la línea quebrada está representada por la línea de puntos y se verá que no sirve de ella ningún trozo para las letras, sólo los puntos por

dónde se quiebra, y los dos por de empieza y acaba.

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26

Correspondencia: Apartado de Correos, 88

AMOR VENDADO

POR

SALVADOR FARINA

Ilustrada con infinidad de grabados. Un tomo
en rústica, 2 pesetas

LA MANO NEGRA

POR

ERNESTO GONZALEZ

30 cuadernos, que forman 2 tomos, 15 pesetas
Encuadernada, 19 pesetas

CUENTOS ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrada con magníficos grabados directos
Un tomo en tela, 5 pesetas

CUENTOS Y NOVELAS

POR

FERNANFLOR

Un tomo con profusión de grabados. — En
rústica, 5 pesetas.

Biblioteca rosa

OBRAS PUBLICADAS

La comedianta, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Merimee.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Bjornson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de león, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.
La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Kosiah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

OBRAS PUBLICADAS

El tesoro del pirata, por Roberto Luis Stevenson, con
preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbuliez.
La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez.
Honor de artista, por Octavio Feuillet.
Los dos cadáveres, por Federico Soulié.
La cabeza de la bruja, por Guillermo Holiday.
La confesión de Claudio, por Emilio Zola.
Un crimen tenebroso, por Honorato de Balzac.